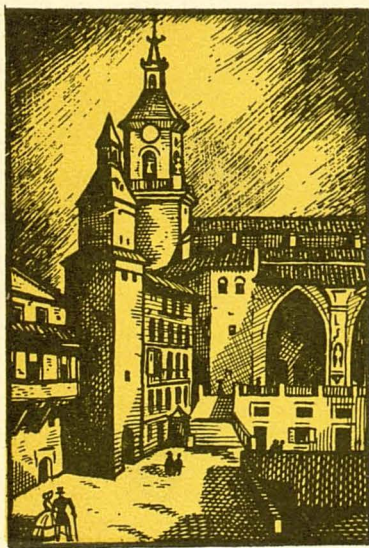


V I T O R I A  
Y LOS VIAJEROS DEL  
SIGLO ROMANTICO



JOSE MARIA IRIBARREN





ATA  
17



VITORIA Y LOS VIAJEROS DEL SIGLO  
ROMANTICO



## DEL MISMO AUTOR

CON EL GENERAL MOLA. Escenas y aspectos inéditos de la guerra civil. *Librería General*. Zaragoza, 1937 (Agotada).

MOLA. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional. Primera edición. *Librería General*. Zaragoza, 1938.—Segunda edición. *Editora Nacional*. Madrid, 1945.

RETABLO DE CURIOSIDADES. Zambullida en el alma popular. Primera edición. *Librería General*. Zaragoza, 1940.—Segunda edición. *Editorial Gómez*. Pamplona, 1948.

BATIBURRILLO NAVARRO. Segunda parte de «Retablo de Curiosidades». *Librería General*. Zaragoza, 1943—Segunda edición. *Editorial Gómez*. Pamplona, 1950.

NAVARRERIAS. Album de variedades. *Editorial Gómez*. Pamplona, 1944. Segunda edición. *Editorial Gómez*. Pamplona, 1948.

DE PASCUAS A RAMOS. Galería religioso-popular pintoresca. *Editorial Gómez*. Pamplona, 1946.

HISTORIAS Y COSTUMBRES. Colección de ensayos. Editada por la *Institución «Príncipe de Viana»*. Imprenta Provincial. Pamplona, 1949.



M. 6449

CAJ  
406

ZRV  
6793

JOSE M.<sup>a</sup> IRIBARREN

# VITORIA Y LOS VIAJEROS DEL SIGLO ROMANTICO

*PUBLICACIONES DE LA OBRA CULTURAL  
DE LA CAJA DE AHORROS Y MONTE DE  
PIEDAD DE LA CIUDAD DE VITORIA*



1 9 5 0

AÑO DEL CENTENARIO DE LA CAJA DE AHORROS Y MONTE  
DE PIEDAD DE LA CIUDAD DE VITORIA



*ES PROPIEDAD*

*Copyright by Caja de Ahorros y Monte de Piedad  
de la Ciudad de Vitoria, MCML*

## PRESENTACION

*La Obra Cultural de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de la Ciudad de Vitoria se honró clausurando el ciclo de Conferencias 1949-50 con la intervención del ilustre escritor navarro José María Iribarren, que, en función de gala y en el Teatro Principal, disertó sobre el tema "VITORIA Y LOS VIAJEROS DEL SIGLO ROMANTICO".*

*Al escuchar su primorosa charla, que fué modelo de amenidad y erudición, y al saber que Iribarren había preparado, con motivo de ella, todo un trabajo exhaustivo y meticuloso de investigación, cuatro veces más extenso que la Conferencia, quisimos dar a su obra escrita la difusión y trascendencia que por su alta calidad merecía, surgiendo así la idea de publicar esta obra, que esperamos sea apreciada en su doble valor literario y documental.*

*Porque el presente libro, a la vez que un valioso documento para la historia de nuestra ciudad y una estampa vivaz, variada y colorista de la Vitoria decimonónica, tal como la vieron y la describen los viajeros y literatos que pasaron por ella, constituye una copiosa colección de datos curiosos, no sólo de Vitoria, sino del País Vasco y de España, y un acopio de noticias inéditas y de crónicas de viaje, des-*





*conocidas hasta el presente, que Iribarren consiguió reunir en su afán de agotar el tema y de ofrecer el más completo estudio que se haya escrito sobre viajeros de una centuria en una capital española.*

*Quien lea el libro advertirá que a través del estilo suelto, donoso y atrayente, característico del autor, se hace patente la concienzuda y rigurosa labor investigadora que —nos consta—, ha llevado a cabo en las principales bibliotecas del País Vasco-navarro y en la Nacional de Madrid.*

*Esta Obra Cultural, al celebrar en el presente año el Centenario de la fundación de la Caja de Ahorros vitoriana, considera como una de sus manifestaciones conmemorativas más interesantes la publicación de esta obra, que, al revivir el ambiente animado y pintoresco de la Vitoria ochocentista, ofrece un repertorio de noticias de interés general y un atinado estudio sobre los viajeros extranjeros del siglo XIX y sobre su visión literaria de España.*

OBRA CULTURAL DE LA CAJA DE AHORROS Y  
MONTE DE PIEDAD DE LA CIUDAD DE VITORIA

# VITORIA Y LOS VIAJEROS DEL SIGLO ROMANTICO

## CHIRIPA, ENCANTO Y DECEPCION DE LA CAPITAL

CUANDO en el siglo XII Sancho el Sabio, rey de Navarra, fundó a «Victoria» sobre la peña cretácea de Cayuela, encima de las ruinas de Gazteiz, tuvo un acierto topográfico: el de haberla erigido en una altura oteante, en medio de una extensa y agradable llanura (1).

Vitoria, por su parte, había de tener, andando el tiempo, la fortuna de encontrarse situada en el camino entre dos pueblos que tardarían siglos en sonar a la Historia: Madrid e Irún.

Pero si la casualidad situó a Vitoria en la ruta a la Corte española durante la época romántica, cuando el viajar se puso en moda entre los literatos, fué para España una honra y un orgullo que en esta vía del turismo internacional estuviese Vitoria.

Porque la capital alavesa, desde los tiem-

pos de Carlos III hasta finales del siglo último, fué la ciudad modelo; la ciudad señorial y acogedora; linda como una mujer y llena toda de mujeres lindas; la que se adelantó a las demás de España en urbanización y en centros de cultura; y la que por su aseo, su belleza y su actividad asombró a todos los que venían a nuestro país, buscando en él un pueblo arqueológico, de aguafuerte o de pandereta.

España tuvo la suerte de contar con Vitoria en el siglo último para ofrecerla a la mirada inquisitiva de los extraños. Aun cuando para muchos de éstos la Vitoria risueña y progresista constituyese una desilusión. Como constituía un chasco para todos el País Vasco. El viajero del siglo XIX, apenas cruza el Bidasoa, piensa encontrarse de repente con un paisaje áspero, colorista y reverberante; piensa ver tipos negros, ceñudos, tocados con sombreros de ala ancha y redcillas, embozados en capas oscuras, llenos de orgullo, de pereza y de suciedad (2).

¡Primera decepción! Porque el país vasco-español es idéntico al vasco-francés: el mismo cielo pálido y bajo de color aluminio, los mismos campos de maíz y las mismas praderas de un «verde reuma» —como diría Víctor Hugo—, las mismas lejanías, cerradas por montañas violáceas diluídas en niebla (3).

Y eso que al llegar a Vitoria el escenario cambia, porque la Llanura alavesa — como



dice Azorín — constituye un feliz eclecticismo del paisaje vasco y el incipiente panorama de Castilla, donde los horizontes se descubren más dilatados y la luminosidad del cielo es mayor.

En cuanto al tipo humano, la decepción es grande: los vascos españoles son más bien rubios que morenos, no llevan capas ni sombrerones; son aseados, alegres, y uno de los pueblos más industriosos del mundo.

Aparte de esto, la desilusión que Alava y Vitoria deparan al viajero ochocentista que entra en España ávido de aventuras y española, de mugre y ruinas, es que en el puerto espeluznante de Arlabán no salen bandoleros de trabuco y de calañés a detener la diligencia; que en los pueblos no se ven haraganes fumando al sol, ni mendigos homéricos de barbas fabulosas, sino mozos esbeltos que conducen la yunta, y mujeres que ayudan a los hombres en la labor del campo; que Vitoria es una población jovial, de una plaza magnífica, de jardines encantadores, de calles llenas de animación; que las vitorianas son elegantes, de una belleza fina y seductora; que la posada es confortable, el yantar succulento, y hasta las maritornes se convierten en Dulcineas apenas el viajero se ha echado al cuerpo cuatro tragos de vinillo riojano.

Todo esto entraña para ellos una contrariedad en cuanto a su concepto de lo español,

de la que pronto tendrán tiempo de desquitarse. A pocas leguas del lírico paisaje de la Llanada, ya la tierra pardea, y el paso de Pancorbo alza la adusta escenografía de sus peñascos cárdenos, lívidos, gesticulantes; de sus rocas ahusadas como ruinas de torreones, dentelleando un cielo bárbaramente azul. Después... ¡ancha es Castilla!

4 Cuando se adentren en la Meseta y recorran Madrid y descendan a Andalucía por las quebradas de Sierra Morena verán, o contarán que han visto, lo que querían ver: bandidos y gitanos, toreadores y majas, boleros y fandangos, mendigos orgullosos como duques y manolas de navaja en la liga (4).

¡Dejadles fantasear y hasta mentir un poco! Están en su papel. Algunos de ellos recargarán sus cuadros con pinceladas trágicas o grotescas y hablarán de la España «apre» (áspera), de la España cruel, de las corridas de toros, de los cristos sangrantes y del garrote vil. Muchos otros quedarán seducidos para siempre por el encanto alucinante y único de la espléndida España. Y todos, cuando de vuelta a sus hogares escriban los recuerdos de su excursión, o cuando en la primera venta del camino anoten febrilmente las impresiones de la jornada, tendrán que confesar que

Vitoria es tan moderna y encantadora que tiene «aire extranjero». ¿No es esto, en fin de cuentas, un motivo de orgullo?

Pero no adelantemos impresiones. Pasemos a situarnos ante la linde del siglo XIX.



VITORIA A FINES DEL XVIII  
POR QUE LAS VITORIANAS NO  
PALIDECEN NUNCA

5 De la Vitoria de finales del XVIII y co-  
6 mienzos del siglo último tenemos datos muy  
precisos gracias al «Viaje» de don Antonio  
Ponz (1783) (5) y al Diccionario de la Acade-  
mia de la Historia del año 1802 (6).

Vitoria contaba entonces 6.500 almas, y  
era una de las ciudades más florecientes y  
agradables de la Península. Rodeada de huer-  
tas, gozaba de un paisaje seductor. La Llan-  
da tenía 168 aldeas, la mayor parte de las cua-  
les podían divisarse —dice Ponz— desde la  
7 torre de Santa María (7).

Según el Diccionario de la Academia, la  
Llanada «sorprende, embelesa y recrea al via-  
jero que camina desde los pelados y llanos  
campos de Castilla a Vitoria». Estaba enton-  
ces tan poblada, que «desde la torre de la  
ciudad se descubren y llegan a ver a un mismo  
tiempo, no sin cierta especie de sorpresa, más  
de 150 pueblos ...punto de vista de los más deli-  
ciosos y agradables».

En el 1791, esto es, en plena Revolución francesa, terminó de construirse la Plaza Mayor, diseñada por Olaguibel al estilo de la de Salamanca, y una Junta de Policía que, según Ponz, podría servir de modelo a otras poblaciones, había arreglado las calles, iluminándolas y suprimiendo las rejas saledizas que embarazaban el tránsito.

Sabemos, por un libro de viajes del año 1707, que las grandes calles estaban bordeadas de árboles y de unos arroyuelos de agua clara y sonora (8).

8

Vitoria fué una de las primeras poblaciones de España donde se estableció el alumbrado público y el servicio de serenos. Ponz se asombra de sus paseos deliciosos, que en aquel tiempo constituían una novedad, un progreso admirable introducido en Francia y en otros reinos, pero desconocido en nuestra Patria.

Debía la ciudad estas reformas a una minoría prócer, preocupada por el florecimiento y la cultura: a la Sociedad de Amigos del País, que en ella celebraba sus Juntas y estableció la Escuela de Dibujo (9).

9

Debajo de esta minoría empelucada y enciclopedista, que leía a Rousseau y a Montesquieu, había un pueblo activo e industrial. «No se ven holgazanes ni se permiten por ningún caso pordioseros», consigna con orgullo el Diccionario de la Academia.

10 Y si los vitorianos eran modelo de laboriosidad, las vitorianas llevaban vieja fama de guapas y elegantes. Ya en 1501, el Señor de Montigny alaba su hermosura (10). Y años después, un eclesiástico italiano, hecho a la gracia del Renacimiento y a la contemplación de las «madonas» de Leonardo y Rafael, dice que las mujeres de Vitoria son muy hermosas y que «su tez no se marchita (no palidece, dice otra versión) como en otros lugares de España» (11).

11 El tercer testimonio procede de una dama francesa aristócrata y culta, autora de un discutido «Viaje por España en 1679», la Baronesa de Aulnoy, que escribe: «Todas las señoras de esta sociedad abusan tanto del colorete, que se lo dan sin reparo desde la parte inferior del ojo hasta la barba y las orejas, prodigándolo también en el escote y hasta en las manos». A lo que añade con irónica gracia: «Nunca vi cangrejos cocidos de tan hermoso color» (12).

12 Menos mal que esta observación del colorete está hecha a los cien años de la del eclesiástico italiano, porque, de ser coetánea, ella sola bastaría a explicarnos por qué la tez de las vitorianas no palidecía jamás.



## LA ADUANA, HUMBOLDT Y LAS CAJAS DE DULCES

Quedamos, pues, en que Vitoria, en las vísperas del siglo último, era una población acogedora, activa y progresista. Pero tenía un serio inconveniente que venía de antiguo: y es que, por ser la última ciudad de régimen foral en el camino de Castilla, existía en ella un edificio odioso, denominado Aduana, en donde unos sabuesos a jornal registraban los baúles de los viajeros, a caza de matutes, e introducían sus rapaces uñas entre los rasos y los encajes, las pelucas y las casacas, buscando el mazo de tabaco, el libro de Voltaire o el abanico con escenas de la Revolución francesa (13).

13

Tal era la Vitoria de 1799 cuando llega a ella un viajero insigne, de renombre mundial. Es Guillermo de Humboldt, alemán, amigo íntimo de Goethe y de Schiller, y un hombre de cultura enciclopédica. Tiene 32 años y, aunque los viajes resultaban entonces peligrosos e incomodísimos, entra en nuestro país con su mujer, con sus tres hijos, con el preceptor de

14 éstos y con la niñera. ¡Era un valiente! (14).

«Vitoria —escribe en su «Viaje a España»— es una ciudad muy bonita, bien construída y agradable. La plaza, muy regular, es muy grata a la vista. A pesar de que la ciudad no es grande, hay mucha vida y movimiento en ella, y parece que mantiene un activo comercio».

Y... lo de todos: «En Vitoria hay aduana. Los aduaneros vieron libros en mi baúl y miraron hasta el fondo. Pero fueron tan ignorantes, que tuvieron entre manos el «Emilio» de Rousseau y lo dejaron pasar».

Cuando llegue a Madrid volverá Humboldt a burlarse de ellos: «Los revisadores han confiscado en Vitoria el libro de Tissot «De la santé des gens de Lettres», porque habían entendido de la «sainteté».

Meses antes, otro viajero, también alemán (Schubart), escribía desde Madrid: «Vitoria, que atravesamos, es una ciudad risueña y bastante lindamente edificada. Allí os esperan innumerables aduaneros, y de no haber tenido yo una carta del cónsul de España en Bayona, y piastras para distribuir a estos rapaces empleados, mal hubiera pasado mi tiempo, pero  
15 estos métodos me sacaron del mal paso» (15).

Humboldt vuelve a Vitoria en el año 1801 (esta vez sin familia), y en su libro «Los Vascos» escribe: «Vitoria es una ciudad floreciente por el comercio y actividad industrial. Por

todas partes se observa vida y bienestar».

Y en la carta que el 7 de Marzo dirige a Carolina, su mujer, le cuenta: «Aquí me ha recibido con la mayor cordialidad el viejo Prestamero, del que seguramente te acordarás; me condujo en seguida a casa de un amigo, que me ofreció confituras y chocolate».

Las confituras de Vitoria eran célebres dentro y fuera de España, y los vitorianos tenían el orgullo de sus almíbares o «cochochos». En el último tercio del siglo XVIII —en 1761 se había construído la hornacina de la Virgen Blanca— los bilbaínos hacían burla de los vitorianos, preguntando con el mismo tonillo que éstos:

«¿Has visto la Virgen Blanca? ¿Has comido cochochos?».

Estos dulces se vendían en cajas de madera circulares, y los había de todas clases: de albérchigo, melocotón, membrillo, jalea y espuma. Baráibar, en su «Vocabulario alavés», alude a estas sabrosas «cajas», y Landázuri, escritor de finales del dieciocho, dice en su «Historia de Alava» que ascendería a medio millón el número de las que se exportaban a diversas partes del Reino. Las «cajas» tenían dimensiones determinadas en las ordenanzas; las revisaba el Síndico municipal, y si no se



ajustaban a la medida, ya estuvieran vacías o llenas, eran rotas «y aun quemadas en la plaza pública para ejemplar escarmiento».

## EL «ITINERARIO» DE LABORDE. LA FRANCESADA. UN PRISIONERO INGLES

Pero volvamos a nuestros viajeros. En el año 1800 recorrió España, como agregado a la embajada de Luciano Bonaparte, el arqueólogo francés Alejandro de Laborde. Laborde publicó a todo lujo en 1807 un «Viaje pintoresco e histórico en España», al que siguió un «Itinerario», cuyo tomo primero apareció en 1808. Ambas obras se han hecho célebres, y ambas sirvieron mucho a Napoleón y a sus mariscales en sus andanzas por la Península.

En la segunda de ellas habla de Vitoria. Repite lo de los árboles y los regatos de agua bulliciosa que vió un viajero, cien años antes, y agrega que en Vitoria la industria y el trabajo encuentran medio de desarrollarse en todas partes; que la ciudad, de hermosos y frecuentados paseos, muestra un aire animado, activo y satisfecho. «Esta ciudad tiene ciertas costumbres que le son peculiares: todos los años se celebra en ella en épocas fijas la fiesta de los mozos, la de las mozas y la de los casados».

Durante los años 1808 al 13, cerca de doscientos mil extranjeros —franceses, alemanes, italianos, holandeses, belgas, suizos, polacos, irlandeses, y hasta egipcios— pasarán por Vitoria. No son turistas; son los soldados de Napoleón.

16 Luego, a lo largo de la campaña, Vitoria suena mucho en las memorias de los mariscales del imperio (16). ¡Más sonará al final!

17 En el año 1811, en plena guerra, pasa por la ciudad un prisionero ilustre. Es Lord Blayney, un general inglés que había peleado en todo el mundo, y que, apresado por los franceses en las costas de Málaga, fué conducido a Francia a través de toda la Península (17).

Este hombre cuenta cómo un día de Enero, formando parte de un convoy de cautivos, entró en Vitoria por un paseo hermoso, donde el buen tiempo había congregado a mucha gente para verlos pasar. Fué a presentarse al conde Caffarelli, gobernador militar de la plaza, y como éste no estaba en su palacio, se divirtió viendo la parada de los Cazadores de la Guardia Imperial, que, magníficamente equipados, evolucionaron marcialmente a los acordes de una banda de 39 músicos.

«Vitoria —dice— es una de las ciudades más alegres que he visto en España, y ofrece aspecto de industrial».



LA MARQUESA DE MONTEHERMOSO  
Y LA BATALLA DEL AÑO 13  
¿QUE SE HIZO DEL BOTIN?

Dos años después, la capital de Alava se hará célebre por dos cosas: por una mujer y por una batalla. La mujer era la Marquesa de Montehermoso, que se llamaba María del Pilar Acedo y Sarriá, y era tan culta como atra-yente (18).

18

Esta mujer, ¿tuvo que ver con la batalla? De Bussy, en su «Diario de campaña» del año 1823, dedica un recuerdo a la Marquesa de Montehermoso, «cuya belleza —dice— fué tan fatal a Francia. El rey José estaba perdidamente enamorado de ella; en lugar de ocuparse de la retirada, se olvidó en los brazos de esta mujer; permaneció un día más en Vitoria y permitió a ingleses y españoles reunidos sorprender a nuestro ejército».

De la batalla se ha escrito tanto que diré solamente dos cosas menos conocidas. La primera, que el genio de Beethoven dedicó a esta jornada histórica una de sus composiciones

musicales. La segunda, que durante la huída de los franceses, cuando la caballería inglesa consiguió apoderarse de más de 150 cañones y de más de 1.500 carruajes cargados con el oro y las joyas robados en España por el invasor, hubo momentos en que los combatientes dejaron de agredirse para robar. «Se vió a ingleses y franceses meter mano a la vez en el mismo tesoro» —dice Blazé. Y otro autor cuenta: «Sobre los furgones del tesoro cayó una avalancha de soldados ingleses, españoles, portugueses y franceses, que se precipitaron a robar sin hacerse el menor daño» (19).

Alguna vez he pensado en la coincidencia de que siendo Vitoria plaza aduanera, donde todos los géneros extranjeros pagaban a su entrada en España, fuese en los campos de Vitoria donde al ex-rey José le confiscaron su valioso equipaje. En este trance hicieron de aduaneros los ejércitos anglo-españoles.

Esto de pagar a la salida me recuerda la caricatura patriótica que, según Mesonero Romanos, corría por España en aquel tiempo, y que parece hecha con vistas a la batalla de Vitoria. La estampa representaba a un aduanero, mezcla de soldado y de contrabandista, que, armado de trabuco, fumaba su cigarro al pie de un peñascal sobre el que se leía «Roncesvalles». Un soldado francés se acerca al aduanero y, echando mano a su bolsillo, le pregunta en gabacho:

—«Señor, ¿cuánto es la entrada?»

Y el del trabuco, aludiendo a la derrota de Carlomagno, le responde:

—«Compadre, aquí no se paga la «entrá»; lo que se paga es la «salía».

El botín de oro, joyas y obras artísticas que quedó abandonado en los campos próximos a Vitoria fué incalculable.

¿Se aprovecharon de ello los habitantes de la Llanada y los vitorianos? Se dijo mucho por entonces, y siguió repitiéndose, que «Vitoria, antes pobre y miserable —mentira— se hizo rica y opulenta con los tesoros de toda España que los franceses dejaron esparcidos por su campo» (20).

20

El historiador vitoriano don Ladislao de Velasco se alza indignado contra la calumnia: «De haber habido robos y enriquecimientos ya se hubiera sabido. El oro y las riquezas no se ocultan tan fácilmente, sobre todo en los pueblos. Se hubiese señalado a los ladrones y enriquecidos». Y, a propósito de esto, nos cuenta que entre los mil objetos abandonados por los vencidos figuraban los arreos de montura del mariscal Jourdán. Eran magníficos; de terciopelo grana con bordados de oro. Vitoria se los apropió, y eran utilizados anualmente para adornar con ellos el caballo en el que el Síndi-



co municipal asistió, hasta el año 1840 a la ceremonia de la Carta al Zadorra. He aquí un caso de enriquecimiento. Con aquellas lujosas gualdrapas los vitorianos enriquecieron su tradición y Alava su folklore.

LOS «BABAZORROS» COMPADECEN AL  
CASTELLANO Y SE BURLAN  
DEL «CHIMBO»

Salió Vitoria de la guerra sin sufrir daños de consideración (21). El saqueo de última hora lo evitó con su arrojo el general don Miguel de Alava, entrando en la ciudad al frente de un puñado de jinetes. Y mientras Burgos y otras muchas poblaciones quedaron arruinadas, Vitoria tuvo suerte; se repuso muy pronto de los trastornos de la invasión, y volvió a ser la ciudad alegre y satisfecha que, sintiéndose ufana de sí misma, llevó su orgullo hasta las lindes del desprecio ajeno.

Zamácola, en su «Historia de las Naciones Bascas» publicada en el año 1818, habla de aquel platero vitoriano que después de la guerra entró en Castilla por primera vez. En Miranda, en Pancorbo, en Briviesca y en Burgos no vió más que convalecientes, enfermos miserables y abatidos, y no pudiendo esperar más que la muerte, se volvió a toda prisa a su ciudad antes de que le contagiase la epidemia (22).

Para el platero, Vitoria era un oasis junto al ancho desierto de Castilla, lleno de enfermos y de apestados. Y es que Vitoria entonces miraba con desprecio al sur y al norte. Se sentía sana y bien comida. Baráibar dice que por esta época —primeros lustros del XIX— los vitorianos les cantaban a los bilbaínos durante las corridas de toros en la Plaza Mayor :

- 23           «BiriQui» comen — los de Bilbao (23)  
               «Los de Vitoria — buena tajada  
               «de carne asada — y bacalao.

Tiene su gracia que los vitorianos presumiesen ante los «chimbos» de comer bacalao, como si Vitoria fuese puerto de mar y Bilbao pueblo de tierra adentro.

- 24           Añade nuestro autor que los bilbaínos contestaban en igual forma a los burlones, y que les apodaban «babazorros», palabra que en vascuence significa «sacos de habas» (24). Se ve que no era sólo carne y bacalao lo que comían en la Llanura y en la capital. «En todas partes cuecen habas», como reza el proverbio. Y en todas partes «bajo mala capa se esconde un buen bebedor». Ignoro si los vitorianos comían lo que decían sus canciones. Lo que sí consta es que bebían vino en cantidades fabulosas, pues en el año 1816 se lamentaba el Ayuntamiento de que hubiese en la capital ¡sesenta y dos templos de Baco!



## HORCAS Y ESTATUAS. DOS MANERAS DE DEFENDER LA SIESTA. LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS

Dejando aparte burlas, apodos y tabernas, el hecho es que Vitoria, a los siete años de la Francesada, podía presumir de ciudad bonita. Durante el «trienio constitucional», y en el año 21, se inaugura el Teatro, se colocan en la Florida asientos, verjas y jarrones; se traen de Francia plantas y árboles, y se adorna el Paseo con cuatro estatuas regias, saldo del Palacio de Oriente, que fueron transportadas desde Madrid en las galeras de Pallarés.

Es decir, que en el período efervescente, libertario y plebeyo que va del año 20 (sublevación de Riego) al año 23 (entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis) Vitoria no se duerme, y en medio de los «trágalas» y los himnos, los discursos y las ejecuciones en horca (25), se dedica a ponerse guapa, a pulirse y acicalarse.

Se colgó a muchos realistas, y la riada revolucionaria de este trienio de borrachera li-

26 beral en que quiso abolirse hasta el pluscuamperfecto (26), tuvo salpicaduras en la provincia y en la capital, donde subsistían restos feudales muy peregrinos.

La cosa tiene gracia. En el libro «Los Vascongados», de Rodríguez Ferrer, leí que hasta este tiempo (1820) ciertos vecinos de Lasarte seguían observando la costumbre feudal de traer las olivas a los caballeros de Vitoria el Domingo de Ramos, en representación de los de su clase. Y hasta la misma época tuvieron el derecho los señores del castillo de Villanáñe de que, a la hora de la siesta, fueran los vecinos del pueblo a apalear con varas las aguas del foso del castillo para que no cantasen sus innumerables ranas (27).

27

Cuando acabé de leer esto me reí solo imaginándome la escena. Los aldeanos vareando las aguas, y arriba, en las estancias de su torre imponente, los Varona sesteando a piedad suelta. ¡Qué anacoretas!

Y a propósito de la siesta, referiré una historia, alavesa también, que no deja de ser peregrina.

A fines del XVIII y cuando los Varona podían procurarse un apacible sueño, obligando a sus siervos a varear el foso, vivía en Laguardia un aristócrata alavés que defendió sus siestas por un procedimiento menos feudal y mucho más habilidoso.

Resulta que a una tropa de chiquillos le

dió por reunirse a jugar en el zaguán de su palacio, debajo mismo de donde él se estaba. Cansado de mandar que los despachasen, se le ocurrió una idea. Bajó él mismo varios días seguidos al portal, fingiendo interesarse por los juegos de los muchachos, y repartiéndoles monedas. Cuando creyó llegado el momento oportuno, suspendió las visitas y los premios.

Volvieron sus amigos algunas tardes más, hasta que, convencidos de que nada obtenían, dejaron de acudir y eligieron otro lugar de diversión.

Seguro de su éxito, el autor de la treta llegó a más. Un día encuentra a los muchachos en la calle y les dice:

—¿Cómo es que ya no vais a jugar a mi casa?

El más listo de todos le replicó:

—¡Pensaré Su Merced que vamos a ir de balde!

Al que empleó esta argucia todos le conocéis. Era el célebre fabulista Félix María de Samaniego.

Pero sigamos con los libros de viaje. Como ya he dicho, el año 23 llegan a nuestra Patria los Cien Mil Hijos de San Luis (que eran sólo noventa mil y pico). La entrada de las tropas del Duque de Angulema se festejó en Vitoria extraordinariamente: banderas, colgaduras, iluminaciones, serenatas, dos corridas de toros y dos fiestas de gala en el Teatro (con



final de bolero y fandango), que recordaban, por su brillo y magnificencia, las «soirés» del Teatro de París.

El farmacéutico militar francés De Bussy, que cuenta esto en su «Diario de campaña», añade que Vitoria, ciudad que evoca en los franceses tristes recuerdos, tiene pocas bellezas, pero su aspecto es mono y encantador («mignon» y «charmante»). «En ella vimos, por fin, a las mujeres españolas, de talle elástico, finas y esbeltas, con la linda mantilla y el calzado elegante; sus ojos son vivos, chispeantes, y sus cabellos negros, magníficos».

28 Añade que en muchas casas las ventanas carecen de cristales, y que «en la mayoría, las cuadras se encuentran en el principal piso del edificio, y los lugares de reunión en las cocinas, doble inconveniente para los habitantes» (28).

29 Es el mismo año en el que Víctor Hugo recordará en sus «Odas y Baladas» las torres de Vitoria. Aquellas torres color ceniza, de agudos chapiteles, que vió a los nueve años, cuando su madre le trajo a España, donde su padre, el general Hugo, servía a Napoleón como gobernador militar de Guadalajara (29).



## HABAS Y PATATAS SOBRE UN GRAN CEMENTERIO. EL ROMANTICISMO Y LA GUERRA CIVIL

Para el año 1823, Vitoria ha duplicado su población con respecto a la que contaba a comienzos de la centuria. El «Voyage pittoresque» del Barón Taylor le asigna 12.000 habitantes. Según esta obra, las hosterías vitorianas eran las más renombradas de España, y las corridas de toros tenían lugar en la Plaza Vieja, llamada la Gran Plaza. La Plaza Nueva —añade Taylor— merece verse en un día de fiesta, «porque los trajes y las costumbres del pueblo español son siempre uno de los más bellos espectáculos de Europa» (30).

30

Todavía en el campo de la batalla quedaban restos del desastre. Adolphe de Bourgoing, en su libro «L'Espagne—Souvenirs de 1823-33», después de hacer elogios de la capital, de su situación, sus jardines, su plaza y monumentos, añade:

«Inclinemos nuestras frentes al atravesar estos llanos, donde nuestras armas recibieron

terrible derrota. Las osamentas de nuestros soldados blanquean en los campos de Gamarra junto a las de sus enemigos, y sobre las colinas que dominan el valle, hacia el oeste, se encuentran todavía armas enroñadas, balas y restos de fusiles».

Le faltó a este francés señalar un detalle curioso. Y es que en los campos de la Llanada, donde yacían miles de franceses, los aldeanos, indiferentes a la historia, sembraron habas y patatas, dos plantas simbólicas. Las habas eran el homenaje a sus andorgas de «babazorro» y a su apodo tradicional. Las patatas constituían el recuerdo de los vencidos, porque, como es sabido, fueron las tropas de Napoleón las que nos enseñaron a los españoles a comer el sabroso tubérculo, que hasta entonces se daba a los cerdos.

En el año 1829 llega a Vitoria un capitán inglés, el capitán Cook. Viene a caballo desde Pamplona, y dice:

«Vitoria está recobrándose de los efectos de la guerra y es un lugar próspero y progresista. La plaza es una de las más limpias de Europa. Sirve de mercado y de plaza de toros. Es inconcebible que un plano como éste no haya sido adoptado con más frecuencia» (31).

El siguiente año —1830— es el año del Romanticismo, el del estreno de «Hernani» en París. Pronto pasarán por Vitoria los primeros viajeros literatos. Si no vienen aún muchos de



ellos es porque el año 33 se enciende en el país vasco-navarro la contienda civil, y Vitoria, después de mes y medio de dominio carlista, se convierte en Cuartel General de los ejércitos cristinos.

Del tiempo de la primera guerra civil poseemos bastantes referencias.

Existe una novela contemporánea, la titulada «Guerra sin cuartel», que sitúa uno de sus capítulos en la Vitoria de 1834. La Vitoria romántica no aparece sino en una tertulia casera, a la que acuden señoritas que —al revés de las «damas cangrejos» que vió la Aulnoy— toman vinagre para empalidecer. Se juega a prendas (¿Soy?, ¿Tengo?, ¿Quiero?) (32). Un joven demacrado declama unos horribles versos, titulados «El Monstruo» y empedrados de voces románticas: «mortuorio, fúnebre, fatídico, siniestro», donde se habla de la «cárdena luna» y del «negro capuz». Poco antes, una pálida damisela había entonado, acompañándose con la guitarra, cierta canción, muy en boga entonces, titulada «El Sepulcro».

32

Eran enfermos del mal del siglo; contagiados del tono fúnebre y melancólico de la nueva escuela (33).

33

## MACKENZIE Y EL BARON DE LA MOTTE EL COSMOPOLITISMO VITORIANO

Del mismo año 1834 data el testimonio del norteamericano Alejandro Mackenzie, que, procedente de Madrid, pasó unas horas en la ciudad. Se instaló —según cuenta— en un alojamiento espléndido, en cuya cocina se asaban las carnes por medio de un aparato de relojería con dos enormes ruedas que giraban sobre las brasas.

34 (Por entonces, en algunas posadas españolas, menos modernas que la de Vitoria, volteaban el asador por un procedimiento ingeniosísimo: metiendo a un perro en una jaula circular unida al eje del aparato, y obligándole a caminar por ella lentamente) (34).

A nuestro joven yanqui le deslumbran también los ojos negros y expresivos de las vitorianas, y alaba sus sedosas cabelleras y su ingenio despierto.

Un viejo coronel retirado que preside la mesa en el hostel le aconseja que para viajar por el país dominado por los carlistas se ponga al habla con un traficante llamado Laureano Lanz.

Cuando al día siguiente Mackenzie y Lanz abandonan Vitoria, en la puerta de la muralla los «chapelgorris» les hacen un registro, y al dejarles partir, dicen bromeando:

—Adiós, Laureano. Recuerdos a Zumalacáregui. Dile que nos veremos muy contentos de recibir su visita.

Mackenzie no nos dice si Laureano dió el recado al «Tío Tomás». Pero el hecho es que, al día siguiente (15 de Marzo de 1834) el general carlista copó a los Tiradores de Alava en las inmediaciones de la capital, y parte de sus tropas, con Villarreal al frente, entraron en Vitoria, de la que fueron dueños y señores durante seis horas.

En el año 1835, el Barón de la Motte, en su libro «L' Espagne», habla de la activa e industriosa Vitoria, que poseía biblioteca, escuela de dibujo y Gabinete de Medallas, y que era «una de las ciudades de España donde las costumbres francesas están más generalizadas» (35).

Y es que Vitoria, como el San Sebastián de hace 30 años, tuvo durante el siglo último un aire europeo, cosmopolita. ¿Será esto una virtud o un defecto? A muchos, la palabra cosmopolita aplicada a una capital no acaba de agradarles. Les pasa un poco lo que a un pintor navarro, amigo mío, hombre de un alma virgen y elemental, que a la vuelta de Roma, donde hizo estudios, como un amigo le saludase:



—¡Hola, Basiano! Me han dicho que has venido hecho un cosmopolita.

—¡Oye; eso nunca! —le replicó ofendido, creyendo que cosmopolita era algo abominable.

No. El cosmopolitismo de Vitoria es para mí un encanto más de su espíritu ecléctico de ciudad mitad vieja y mitad nueva, medio española y medio vasca, medio avanzada y medio tradicional. El cosmopolitismo vitoriano lo definió el Marqués de los Castillejos cuando escribía: «Ni Bilbao ni San Sebastián ni Santander aventajan a Vitoria a lo largo de la Edad Media y Moderna en conjunto de ecos de alto quilate y de emoción universalista».

## LA «BABEL EN MINIATURA» DE ROSCOE

Pero no divaguemos. En el mismo año 35, en plena guerra civil, llega en mulo un viajero inglés que se apea a la puerta del Parador Viejo. Se llama Tomás Roscoe, y le acompaña el dibujante David Roberts, uno de los dibujantes más deliciosamente románticos y mentirosos que ha habido en el mundo.

Con Roscoe llega a Vitoria el primer literato a la moda del siglo. Todos los escritores extranjeros que a partir de él vengan a España, vendrán con una idea preconcebida de país áspero y bronco, desconcertante y alucinador.

Apenas entran en Vasconia, las ventas les recuerdan a Don Quijote, y los arrieros y burreros a Sancho Panza. Creen oír guitarras y castañuelas acompañando el frenesí de un bolero o un fandango. Quieren ver, ya en Irún o en Fuenterrabía, arcos árabes, celosías moriscas y mujeres morenas de ojos ardientes, con mantillas de blanca y abanicos.

España es para ellos, o la acuarela detonante de lo andaluz, o la llanura árida, parda y

centelleante, por donde pasaron el Cid, Don Quijote y Gil Blas de Santillana su sed de guerra, de aventura o de picardías.

36 En su imaginación se mezclan los relatos de los soldados imperiales a los del inglés Ford o el francés Taylor. Sueñan con catedrales y castillos, con gitanas y panderetas, con trabucos y bandoleros, con rejas, ajos, fajas y navajas (36).

37 A todos —como dije— el País Vasco les decepciona. No obstante, todos hablan del chirrido de las carretas, de la velocidad de nuestras diligencias (37), de sus mulas ariscas, de las andanzas e interjecciones del zagal. Si consiguen oír una guitarra, ver un mendigo o la teja terrible de un cura, se sentirán inmersos en la esencia y el hechizo de España.

Pero ¡atención! Roscoe acaba de llegar a Vitoria, y su mejor elogio del Parador lo hace cuando asegura que era digno de ser comparado con una buena fonda inglesa. Había en él habitaciones con chimeneas, camas con cortinajes, todo muy limpio y bien dispuesto. En la enorme cocina bullía un grupo abigarrado, muy de la España que deseaba ver. «Allí fumaban tipos de toda calaña y vestimenta en torno del fogón... Las guisanderas eran jóvenes y bonitas, ataviadas con un traje admirablemente adaptado para exponer las gracias de sus formas, y dispuestas a unirse a toda chanza locuela y alegre de tan jovial reunión».



Cenar, cenó muy bien nuestro viajero. Dormir, ya fué otra cosa. «Incultos ruidos de todas clases —dice— resonaban por las callejas de esta Babel en miniatura».

Al día siguiente, David Roberts dibujará su estampa «Gran Plaza de Vitoria», que es una vista de la Plaza Vieja, llena de fantasía y de sugestión oriental.

Roscoe, por su parte, nos describe los tipos que había en ella: «peseteros» cristinos de guerrera verde y pantalones escarlata; «chapelgorris» de chacó rojo, pantalón encarnado y levita negra. En la fuente de enmedio de la plaza, «los aguadores, bribones fornidos de anchas espaldas, embotellaban agua para uso de los vitorianos».

Nuestro inglés traba conversación con un aldeano de Abechuco que, al conocer la nacionalidad de su interlocutor, le recuerda la paliza que ingleses y españoles propinaron a los «gabachos». «La batalla la recordaba con pena, no por el número de muertos españoles (que los otros para él no suponían nada), sino porque los combatientes le habían pisoteado su magnífica cosecha de trigo». (Este punto de vista resulta inconfundiblemente aldeano).

«Había en la plaza —dice Roscoe— un aire de sosiego perezoso en las gentes; un tono de reposo, de calma, de paciente confianza en el porvenir, y un espíritu comercial sin ambición». «En España —añade— el zapatero remendón

38 está tan contento de ser zapatero remendón como el duque de ser duque. Su orgullo consiste en ser español». (Menos mal que quien dice esto es un inglés. ¡A todo hay quien gane!) (38).

Roscoe ¡cómo no! estuvo en la Florida, donde vió «grupos de lindos niños atendidos por hermosas y opulentas morenas de grandes ojos resplandecientes como en los cuadros de Murillo». Estas orzayas «estaban ocupadas en un juego que consistía en golpear con un pequeño palo y lanzarse unas a otras una pelota de madera que tomaban en sus delantales aquellas a quienes iba dirigida».

Según nuestro inglés, Vitoria era una población heterogénea, donde podía apreciarse gran variedad de tipos y facciones.

## MAGNIEN EN LA COCINA DEL PARADOR LAS VITORIANAS NO ENTRAN AL CAFE

La misma observación hará, al año siguiente, el escritor francés Magnien en su libro «Excursiones en España.—Bizcaya y las Castillas»: «La situación de Vitoria, en la confluencia de muchas carreteras, unido al tráfago de la guerra, contribuye a aumentar el movimiento, el ruido y la afluencia de gentes, tan distintas de traje como de carácter, que dan a la ciudad el aspecto de un gran «caravanserail» de Oriente».

Vitoria —agrega— se enorgullece de poseer el mejor parador de España. Claro que esto no quiere decir mucho. Pero, en fin, el parador es amplio y confortable. En él, al menos, si le preguntáis al patrón:

—¿Qué tiene usted de bueno?  
no os dirá, con tono lánguido y voz cansina, como en otras posadas:

—Lo que ustedes hayan traído.

A las noches, en la vasta cocina se reúnen los tipos más diversos: navarros, castellanos,



gallegos, catalanes. Un baturro, con capisayo, gorro de piel de oveja y una gran cicatriz que le raja la cara, enciende su cigarro en el de un chalán andaluz que viene de su tierra, dispuesto a reclamar ante Don Carlos unos caballos que el general Gómez le robó en Córdoba. Un burgués de Bilbao, cuya casa cayó bajo las bombas de los carlistas, se lamenta junto a un madrileño que vió sus almacenes saqueados por la chusma al día siguiente del motín de la Granja. En un rincón, come un feroz contrabandista, con el hambre de un lobo pirenaico, sin quitarle ojo a su carabina, mientras en el rincón opuesto un inglés gordo que va a alistarse en la Legión Evans comparte su tajada de buey y sus ideas radicales con un estudiantón de Salamanca, envuelto en una capa raída y deplorable. Criadas guapetonas, pícaras y locuaces, regocijan la reunión. De pronto, todos callan. Varios soldados entran conduciendo a una tropa de carlistas cautivos a los que mañana fusilarán (39).

39

Así era la Vitoria de la primera guerra civil: una babel de tropas y de refugiados, de bagajeros y abastecedores, de soldados portugueses e ingleses que vinieron a la guerra de España trayendo a sus mujeres y a sus hijos (40). El dibujo de Crocker de un libro inglés aparecido por entonces muestra la Plaza Nueva en día de mercado, llena de aldeanos y

40

de «chapelgorris», entre los que pasean gravemente unos hidalgos de luengas capas y altas chimeneas de fieltro (41).

41

Sobre la Plaza Nueva en esta época poseemos más detalles gracias a un artículo de M. G. Denia, publicado en el «Semanao Pintoresco» del año 39. Dice que bajo sus pórticos se reúnen los vitorianos en los días lluviosos, y en todos los festivos, de once a una.

«Allí las hermosas alavesas ostentan sus encantos y su exquisito gusto en el vestir y adornarse, mientras criadas y artesanos bailan en medio al son del tamboril. Hasta los niños que no saben andar se conmueven y saltan en los brazos de sus niñeras» (42).

42

Agrega que en los porches hay cuatro cafés, entre los que descuella el de la Paz por su aseo y buen servicio, y al que sólo le falta la asistencia del bello sexo, «pues en esta ciudad tienen las señoras el capricho de no entrar en ellos».

Las vitorianas tenían el buen gusto, no el capricho, de no entrar al café, aunque el título de éste fuese tan incoloro y tan neutral como el «de la Paz».

Este nombre, muy propio de un establecimiento que en plena lucha trata de no perder clientela, me recuerda el cantar de retaguardia



que por aquellos días se entonaba en Navarra y Vascongadas:

Unos dicen: Viva el Rey;  
y otros: que Viva la Reina;  
y yo digo: ¡Vivan todos  
y que se acabe la guerra!

43

En la misma revista vi un grabado, ilustrando un artículo de don Antonio de Iza Zamácola sobre indumentaria alavesa (43). Figura en él una pareja campesina, tras de la cual se ve la yunta y la carreta. La mujer lleva capota con esclavina, y el marido un sombrero de copa digno de un concejal de nuestros tiempos; un flamante decálitro que no rima muy bien con los calzones cortos y las rudas abarcas.

Y antes de terminar con la Vitoria de la guerra civil, quiero citar, por ser muy elogioso para los hombres, el testimonio de un alemán que peleó en las filas de Don Carlos. Es el del general von Rahden, que se hace lenguas del valor de los voluntarios alaveses mandados por don Prudencio Sopenana, y asegura que «son los soldados más disciplinados del mundo».

Otro de los que alaba la valentía de los alaveses es el Príncipe de Lichnowski en sus «Recuerdos de la Guerra Carlista».



## LOS VIAJEROS ROMANTICOS. EL BOLERO MACABRO DE GAUTIER

Con la paz del abrazo de Vergara, la ciudad pierde su aire guerrero y recobra su aspecto normal. Los caminos que afluyen a ella vuelven a poblarse de arrieros, de cosarios, de trajinantes, y las ruidosas diligencias reanudan sus viajes entre Irún y la Corte (44). En el año 40 se ha fundado el Gabinete de lectura con 167 socios (45).

44

45

El momento es de sumo interés. Van a pasar por el País Vasco los literatos franceses más o menos influenciados por el Romanticismo: Gautier y Mérimée, Dumas y Víctor Hugo, Robida y Davillier.

España está de moda, y los románticos, ávidos de escenarios originales y ambientes romancescos, de tipismo y «color local», sueñan con ella como país de viaje y aventuras.

Tenemos mucho que perdonarles y que agradecerles. Ellos nos enseñaron a conocernos y nos proporcionaron una visión original y pintoresca de nuestra patria, que habrían de

aprovechar los literatos del 98 y los pintores a lo Zuloaga, Regoyos o Gutiérrez Solana.

Traían a las letras un audaz desenfado, un recio colorismo y una expresiva exageración. Propendían al aguafuerte y a los apuntes de trazos vigorosos, definitivos.

46 Son franceses, y mienten y exageran adrede, con un propósito efectista, como un truco más de su arte. La verdad y la exactitud no cuentan mucho para ellos (46).

47 Pero, silencio, que podría oírnos. Porque ya está camino de Vitoria Teófilo Gautier. Teófilo Gautier, el romántico por excelencia, el que asistió al estreno de «Hernani» con levita encarnada, llega a nuestro país en mayo del 40. Le acompaña su amigo Eugenio Piot (47).

48 Gautier, que ha hecho su viaje en posta, entra en la capital llevando, entre otras cosas, un antejo, unos gemelos de teatro y un daguerrotipo (una máquina de retratar). En Bayona, al saber que venían a España, les abrumaron a recomendaciones tan absurdas como éstas: «Compren ustedes fajas rojas para abrigarse el vientre». «Lleven trabucos, peines y frascos de agua insecticida». «Provéanse de galletas y víveres, porque los españoles se desayunan con chocolate, comen un diente de ajo y cenan un cigarro de papel». «Convendría que llevarsen un colchón y una marmita para poder dormir y hacerse la sopa» (48).



Ya en la frontera, Gautier es víctima de su espejismo literario. Y así como un autor romántico veía en Bilbao «un cielo azul bajo el que sollozaban las soleares», nuestro escritor ve las casas de Irún enjalbegadas «al estilo árabe», y advierte en los tejados «un aspecto extraño y morisco». Comienzan por chocarle muchas cosas: las diez mulas de la diligencia, esquiladas de medio cuerpo arriba, que parecen «enormes ratones»; el traje del zagal; los trabucos de los escopeteros; el gemir largo de una carreta, «cuyas ruedas chirriaban de un modo horrible»; los caseríos «color de pato asado», la cena opípara que les sirvieron en Astigarraga, y el primer cura de teja inmensa que vió a su paso por Vergara.

Para subir la cuesta de Salinas, que le recuerda a las «montañas rusas», engancharon seis bueyes delante de las mulas (49). Y al pasar por Arróyabe, el sol, las nubes y los montes nevados hacían un efecto maravilloso.

Al atardecer entraban en Vitoria, y en el Parador Viejo registraron sus equipajes. Los aduaneros debieron de tomar el daguerrotipo por una máquina eléctrica; se acercaban a él y lo husmeaban con toda clase de precauciones. «Nos guardamos muy mucho de sacarles de aquel error», dice Gautier.

Como el afán de ver la población les acuciaba, apenas revisaron sus baúles, nuestros



viajeros se dirigieron a una iglesia, atravesando una hermosa plaza rodeada de arcos.

El interior de la parroquia de San Miguel inspiró a nuestro literato esta estampa, quintaesenciada de Romanticismo:

«La sombra invadía la nave y se acentuaba misteriosa y amenazadora en los rincones oscuros, donde se adivinaban vagamente fantásticas sombras. Algunas lamparillas amarillentas y humosas temblaban siniestramente, como estrellas entre la niebla. Una especie de frío sepulcral invadió mi epidermis al escuchar detrás de mí una voz lamentable: «Caballero, una limosna por amor de Dios». Era un pobre soldado herido que imploraba nuestra caridad».

Tras de la cena, que les hizo acordarse de la de Astigarraga —Gautier era hombre voracísimo—, marcharon al teatro. Se anunciaba la actuación de un hércules francés, y cierto baile nacional que se les antojó sería una mezcla de cachuchas, fandangos, boleros y otros bailes diabólicos.

Si el pasillo del coliseo estuvo a punto de asfixiarles con su acre olor amoniacal, el interior les agradó. Había en los palcos mujeres con mantillas y abanicos, y, entre el público, muchos militares.

Los forzudos no les interesaron. Lo que ellos esperaban con ansia incontenible eran los bailes. «Imagínate, lector amigo, la espera im-

paciente de dos jóvenes franceses entusiastas y románticos que van a ver por vez primera un baile español ¡en España!».

La decepción que experimentaron ante la pareja que apareció poco después en el escenario fué tan inmensa como su ansiedad. Debemos a este chasco una de las estampas caricaturescas más magistrales del Romanticismo:

«El teatro de dos cuartos —dice— no ha sustentado nunca en su tablado carcomido una pareja más vieja, más desriñonada, más desdentada, más legañosa, más calva y más caduca. La pobre mujer, pintarrajeada con blanquete malo, tenía una tez azul celeste que hacía recordar las imágenes anacreónticas de un cadáver de colérico o de un ahogado poco reciente; los dos chafarrinones rojos que colocara en la parte saliente de sus húmedos pómulos para avivar un poco sus ojos de pescado cocido, contrastaban singularmente con aquel azul; sacudía con sus manos descarnadas y sarmentosas unas castañuelas cascadas que castañeteaban como los dientes de un hombre con fiebre o las coyunturas de un esqueleto en movimiento.

De cuando en cuando, por un esfuerzo inaudito, estiraba los músculos relajados de sus corvas y conseguía levantar aquella pobre pierna vieja, tallada en balaustre, de suerte que producía una leve cabriola nerviosa, como una rana muerta sometida a la pila de Volta,



y hacía brillar y fulgir un segundo las lentejuelas de cobre del andrajo sospechoso que le servía de basquiña».

La caricatura es genial; exagerada, pero genial. Y Gautier pasa a ensañarse con el bailarín, acentuando sus rasgos con sarcásticas pinceladas:

«Por su parte, el hombre agitábase siniestramente en un rincón, alzándose y tornando a caer torpemente, como un murciélago que se arrastra sobre sus muñones; tenía el aspecto de un enterrador que se estuviese enterrando a sí mismo; su frente, arrugada como la bota de un húsar, su nariz de loro, sus mejillas de cabra, le daban un aire de lo más fantástico».

Gautier añade que en todo el tiempo que duró la danza, los bailarines no se miraron el uno al otro ni una sola vez, como si tuviesen miedo de su fealdad recíproca y temiesen echarse a llorar al verse tan decrepitos y tan fúnebres.

Este bolero macabro duró cinco o seis minutos, al cabo de los cuales, la caída del telón puso fin al suplicio de aquellos desgraciados y al de nuestros espectadores.

«Nos fuimos a la cama muy mohinos. En medio de la noche nos despertaron para reanudar el viaje; seguía haciendo un frío glacial, una temperatura de Siberia».



LAS LIMONERAS DE DEMBOWSKI  
EL AUTOR DE «CARMEN» Y EL DE  
«LA PALOMA»

Cinco meses más tarde, en octubre del año 40, el escritor italiano Carlos Dembowski (50) llega a Vitoria en mula, después de recorrer el País Vasco en compañía de Agustín, un muletero muy popular en San Sebastián. La cabalgadura de Dembowski se llama la «Espartera», y la de Agustín la «Marota». (Estamos en el año siguiente al del Convenio de Vergara).

50

Camino de Pamplona, en la posada de Salvatierra, nuestro huésped refiere en una carta sus impresiones de la capital, que tenía un aspecto muy animado por ser lugar de tránsito de todo el comercio hispano-francés.

Añade que en Vitoria se ven grupos de atléticas y vagabundas asturianas, la mayoría del Valle de Mena (confunde Asturias con Castilla) que ejercen el doble oficio de vendedoras de limones y de contrabandistas. Vendían limones en Vitoria y se llevaban géneros de contrabando que pasaban sin temor a

los carabineros. Para esto «cuentan las guapas con el talismán de sus encantos, las feas con la ligereza de sus piernas, y todas con la fuerza maravillosa con que las ha dotado Naturaleza». El traje de estas bravías montañesas era corpiño de terciopelo rojo y falda corta de paño verde; llevaban en la mano un bordón de peregrino y «aguantaban sobre sus espaldas unas cargas de limones capaces de derrengar a una mula».

Por los mismos días que Dembowski, pasa por la ciudad, de vuelta a Francia, Próspero Mérimée, el amigo literario de la Condesa de Montijo, madre de la futura emperatriz de los franceses y la mujer más culta e interesante de su época.

Era éste el segundo viaje a España del autor de «Carmen», y el 21 de Octubre le escribe a la Condesa desde Bayona:

«Vitoria me ha fascinado. Es una ciudad encantadora, con una plaza muy bella y mujeres todavía más bellas, que se pasean bajo las arcadas, a la tarde, o se sientan en sillas. Es el Prado (de Madrid), pero perfeccionado, porque se puede pasear en todo tiempo...».

«Entre Burgos y Vitoria hay por lo menos cuatrocientos años de civilización. Buen alojamiento, limpio y lleno de camareras de rostros afables que cantan o ríen a todas horas» (51).

51

«He tomado una taza de excelente café en

un precioso establecimiento». (El café, con azúcar refinado —añade entre paréntesis).

Más adelante, aludiendo a su paso por la frontera, le cuenta a la Montijo: «He aprendido mucho vascuence con las camareras de Vitoria, y le he dicho —desgraciadamente con muy poco éxito— a la más guapa de todas las mozas de posada de Irún:

— «¿Nai desu nerequi etorri Franciera? »  
(¿Quieres venir a Francia conmigo?).

Ella me ha respondido:

—«Esgarric asco» (Muchas gracias).

Como veis, el autor de «Carmen» se muestra enamorado de Vitoria, de sus mujeres, de su aire de ciudad limpia, alegre y civilizada.

Por cierto: en estas cartas a la Montijo, Mérimée cita varias veces a un vitoriano cosmopolita: a Sebastián de Iradier y Samaniego, autor de «La Paloma» y de cientos de canciones populares. Iradier fué el bohemio «dandy», el Jorge Brumel de Vitoria, como dice Baroja. Comenzó de organista en Salvatierra y terminó de maestro de canto de la Emperatriz Eugenia de Montijo. Elegante y esbelto, con su impecable frac y sus melenas a lo Espronceda, recorrió las Américas con la Alboni y la Patti; vivió a lo grande en Nueva York, en Londres y en París, y cuando no tenía más canciones que componer ni más sonrisas que repartir entre las damas, volvió a su pueblo a terminar sus días.



De Iradier es la música de la célebre habanera de «Carmen» «L'amour est enfant de Bohême», que Bizet —años después de muerto nuestro artista— introdujo en su ópera por complacer a la primera intérprete de la bravía gitana, a la Galli-Marié (52).

MESONERO Y LAFUENTE. EDGAR  
QUINET Y LOS BANDIDOS DE  
ARLABAN

Por este tiempo —años 40 y 41— Mesonero Romanos y Modesto Lafuente («Fray Gerundio») pasan por Vitoria, camino de Francia y Bélgica. Quieren contarles a los españoles su impresión de París y de los viajes en ferrocarril (53). Mesonero no habla de la ciudad. Lafuente hace alusión a la belleza y simpatía de las maritornes vitorianas (54) y al espíritu fuerista que agitó al País Vasco tras el Convenio de Vergara (55).

En el año 43 viene a España, de vacaciones, el profesor francés Edgar Quinet. Es un filósofo de la Historia que conoce muy bien nuestra literatura del Siglo de Oro, que ha viajado por Grecia e Italia, y ha escrito varios libros, entre ellos uno sobre Napoleón. Trae una carta para Olózaga y un miedo enorme a los bandidos: «En Bayona me entero de que el camino de Madrid está casi interceptado; el correo en que salgo mañana ha sido detenido los tres días anteriores. Ayer sufrió una descarga en

Alcobendas, a las puertas de Madrid. Se ha librado con un caballo muerto».

A su entrada en Vasconia se le figura ver en ella un resumen de todas las Españas: «balcones de madera con las heroínas de Calderón y Lope; mujeres con trenzas a la espalda, campesinos envueltos en la heroica capa; carros del tiempo de los iberos; el primer sonido de la guitarra... «Hoy un encanto me atrae; siento en el ambiente la fascinación y el espejismo de un genio lejano».

La diligencia que le lleva a Vitoria es un arsenal de armas. Trabucos, escopetas y carabinas cuelgan del techo hasta las portezuelas. Dos escopeteros forman la guarnición de aquella ciudadela ambulante que entra al galope en los Pirineos.

Edgar Quinet —no en balde es un filósofo— se ríe de su miedo y del de todos los franceses que viajaron antes que él. Y después de contarnos que en la cuesta de Salinas de Léniz y en plena noche sonó un tiro; que al asomarse, muerto de pánico, a la ventanilla, vió dos bultos siniestros, armados de trabucos, a los que él tomó por bandidos que habían detenido la diligencia y se disponían a desvalijar a sus ocupantes, acaba por decirnos que los bultos eran los dos escopeteros, que el disparo partió de ellos, y que poco después se le acercaron pidiendo una propina, porque el paraje era muy peligroso (56).



Es el mismo año en que Víctor Hugo alquila un viejo caserón en Pasajes, visita el País Vasco, y, al llegar a Tolosa, se aparta adrede de la ruta de Teófilo Gautier, y va a Pamplona, de la que hizo una estampa magnífica en su libro «Alpes y Pirineos».

FLORES VE UNOS APOSTOLES CON  
CUELLOS DE ALMIDON. A MAURICIO  
NO LE HACEN CASO LAS NIÑERAS

57

En el verano del año siguiente, el joven escritor Antonio Flores, director de la revista madrileña «El Laberinto», dedicará a Vitoria todo un capítulo de su «Viaje a las Provincias Vascongadas» (57). La moda de viajar ha prendido en nuestros literatos, que se lanzan a todos los rincones del país, en un afán de conocer España, nuevo hasta entonces.

Entre varias cosas interesantes, Flores nos cuenta que en la parroquia de San Miguel vió un paso de Semana Santa, el de la Oración del Huerto, cuyos apóstoles llevaban unos cuellos almidonados y limpios como de menestral en día de fiesta. Preguntó al sacristán —con leve guasa— si el escultor había puesto a sus figuras aquellos picos de camisa a la moda del siglo, y el sacristán le respondió muy ufano que aquello era obra suya, y que en la sacristía le enseñaría un repuesto de cuellos, almidonados por su mujer, para mudárselos a los discípulos

todos los sábados, porque —decía— si los jornaleros curiosos se cambian de camisa semanalmente, es de creer que los apóstoles hicieran lo mismo.

Como veis, en Vitoria vestían a la moda incluso las estatuas, y hasta los sacristanes tenían su añalejo para mudarles el atavío.

Visitando más tarde el Hospital, Flores se asombra de la limpieza y buen servicio del establecimiento, y dice que para entrar al depósito de ropa blanca era preciso saber más que gimnasia y algo menos que patinar. «Las tarimas estaban tan bruñidas de lustre que las monjas —el detalle es plenamente monjil— tenían dispuestas unas plantillas de paño, sobre las cuales colocaba sus pies el visitador».

En el año 49 se publicó en Madrid el libro «Recuerdos de un viaje por España», cuyo autor, don Francisco de Paula Mellado, recuerda la excursión que hizo tres años antes en compañía del joven Mauricio, el cual, al avistar Vitoria desde la carretera, exclamó entusiasmado: «¡Qué país! ¡Qué montañas! ¡Qué mujeres!»

Este Mauricio debía de tener un corazón de recluta fácilmente inflamable, porque, poco después, quedó pasmado en la Florida ante el encanto de las «zenzain» (de las niñeras), muchachas de veinte abriles la que más, y trató de entablar palique con una de ellas. La gra-



ciosa y esquiva «zenzain» («ni siquiera alzó los ojos para mirarlo»).

—Esta gente no se parece a la de nuestra tierra —observó contrariado.

Entonces, el autor, que adopta el tono pedagógico y pelma del padre de «Juanito» (el héroe escolar de nuestra infancia), le advierte:

«Las costumbres son muy distintas y en general mejores. A esa pobre muchacha, lo que menos le ha ocurrido que tú te sentabas aquí por mirarla, porque las mujeres en este país están menos acostumbradas que en la Corte a ser objeto de atención. Más adelante las verás empleadas en las labores del campo y dedicadas a los trabajos más rudos y penosos».

—Y los hombres ¿qué hacen? —interrogó Mauricio.

—Trabajar también; aquí nadie huelga, y sólo así se explica que siendo tan ingrato el suelo, puedan con su producto sustentarse estas gentes».

Mientras departían tan animadamente, «toda aquella prole se había puesto en movimiento, y con paso lento y acompasado se dirigió a la plaza».

En la plaza sonaba el tamboril y hervía el «zorzico». Entre los grupos se veían mozas de servicio bailando con la herrada sobre el cogote. «No hay ejemplo —dice Mellado— de

que se les haya caído al suelo ni una gota de agua ; de tal modo están acostumbradas a guardar el equilibrio. Recuerdo haber visto mujeres del pueblo con un chico en un brazo, una cesta llena en el otro y una rada en la cabeza marchar con el mayor desembarazo y soltura».



## DUMAS SIENTE HAMBRE Y PIDE UN PAR DE HUEVOS

En octubre de este mismo año 46 llega a Vitoria el autor del «Conde de Montecristo», el celeberrimo mulato Alejandro Dumas. Marcha a Madrid a presenciar como cronista oficial la boda de su amigo el Duque de Montpensier con nuestra infanta Luisa Fernanda, y la de Isabel II con Don Francisco de Asís Borbón (58). Le acompañan su hijo Alejandro (el de «La Dama de las Camelias»), el pintor Boulanger, el escritor Maquet, y un criado abisinio, tan borracho como leal. Traen seis cajas de armas, porque, aunque les han dicho que en España quedan muy pocos bandoleros (unos 50 ó 60), piensan cazar chacales, hienas y panteras en Argelia (59).

Dumas ve, ya en Vasconia, mendigos, hilanderas, y curas con sombreros tan atroces, que a su lado el de «don Basilio» es una miniatura. Habla del ruido extraño, ronco y feroz de las carreteras (60) y de otro ruido inmenso que parece el quejido de un alma en



pena: el de las ruedas de molino movidas por agua.

En Vitoria comieron nuestros huéspedes. Veamos lo que Dumas dice de la comida, porque este hombre, que había sido cocinero, y que estimaba en más sus habilidades culinarias que sus dotes de novelista, es testigo de calidad.

El almuerzo se componía de una sopa con azafrán, «una de las mejores que yo he comido, aunque sospecho que estaba condimentada con cordero y no con buey». Luego, el «puchero» (el cocido), que es, según él, «una Macedonia o mezcla de cosas harto buenas cada una, pero cuya reunión me ha parecido desdichada». Y por último, un plato de garbanzos «al que mi estómago no ha podido acostumbrarse».

«La comida fué servida con exquisita pulcritud por domésticas del lugar que tenían aires de damas de honor, y por las hijas de la casa, que tenían prestancia de princesas».

Pero como don Alejandro se había quedado de hambre, se le ocurrió pedir el primer plato que figuraba en la minuta del desayuno: un par de huevos. La hostelera indagó:

—¿Qué desea usted: un par de huevos para fraile o para seglar?

—¿En qué se diferencia uno de otro?  
—preguntó él a su vez, extrañadísimo.

—Un par de huevos para fraile se compone de tres huevos, y un par de huevos para

seglar se compone de dos —le aclaró la hospedera.

Y comenta don Alejandro: «Se comprende que antes de la revolución que los ha expulsado de España, los frailes gozaban de grandes privilegios que se han convertido ahora en vanos proverbios».

Estoy casi seguro de que Dumas miente y confunde las cosas. Habría oído el dicho proverbial «la docenica del fraile» (trece), pero como es francés y novelista, no tiene inconveniente en hacerle decir a la hostelera lo que a él se le ocurrió para añadir un poco de pimienta a su relato. Pensemos que había sido cocinero (aunque no fraile precisamente) y era amigo de las especias (61).

## CASINOS, SILLAS, DILIGENCIAS Y ALELUYAS

62

Por la época en que pasó Dumas (62), Vitoria era una población animadísima, llena de tráfico, de movimiento de carruajes y de hervor cultural. Contaba, aparte del Liceo, con la sociedad llamada de Minerva y otras asociaciones dramáticas. Poseía cuatro cafés y tres casinos, a saber: el Gabinete de Lectura, con más de 300 socios, la Sociedad Vitoriana, y el Círculo de Recreo.

Tenía mercado tres días por semana e importantes industrias. Las sillas vitorianas llevaban fama nacional. En sillas de Vitoria se sentó todo nuestro Romanticismo. Las revistas de entonces las citan a menudo, y las había en el Café del Príncipe madrileño, en el célebre «Parnasillo», al que solían acudir Larra, Espronceda y Mesonero Romanos.

Según el «Diccionario» de Madoz, las calles iban empedrándose; los faroles de reverbero daban bastante luz, y en los porches de la



63 Plaza Mayor seguían paseando «las hermosas y amables vitorianas» (63).

La amabilidad de las vitorianas y de los vitorianos en general constituía una de las características locales. La «Revista Pintoresca de las Provincias Vascongadas» (1846), después de consignar que Vitoria compite en esbeltez y lujo de edificios con las mejores poblaciones, que presenta una animación extraordinaria, y que es una de las ciudades más cultas y modernas de la Península, añade que el carácter de sus moradores «es afable y cortés, y su trato bastante fino y culto» (64).

64 Tenía la ciudad —según la «Guía» de Mellado— correo diario para Francia y Madrid, y servicio de diligencias a Madrid, a Bilbao y Pamplona. Disponía de dos paradores y de la fonda de la Casa de Postas (65).

65 «No hay en España —asegura el Madoz— una ciudad que tenga tantos y tan buenos caminos reales como Vitoria».

Con comunicaciones tan excelentes, no es de extrañar que el alavés se dedicase al tráfico, mientras su costilla cultivaba la tierra. Un pliego de aleluyas de este tiempo lo expresa en forma deplorable:

Traficante el alavés,  
a su mujer trabajar ves.

El mismo pliego trae pareados como éstos :

Los vizcaínos caballeros  
son amantes de sus fueros.

En el valle de Roncal  
es la gente muy formal.

El navaro en robustez  
a nadie cede la vez.

Nunca la gente de Soria  
hizo nada por la historia.

(Al autor, por lo visto, no le suena Numancia).

## BEGIN Y FEE. LA CUARTETA DE ARBULO Y EL ECLIPSE DEL AÑO 60

Y llegamos a la mitad de la centuria, al año en que se funda la Caja de Ahorros, cuyo centenario celebramos. De este tiempo sólo conozco un par de libros.

En el año 50 el francés Bégin ve en Vitoria dos poblaciones diferentes, dispares. De un lado, una ciudad medieval que parece esconderse avergonzada de su fealdad. Del otro, una ciudad moderna y pretenciosa, donde el carácter original ha desaparecido, donde la regularidad invade todas las salidas; «que ha cambiado un ejército de frailes por un ejército de soldados; sus campanarios por tambores de tropa, y sus conventos por cuarteles» (66).

66

Nueve años más tarde, Feé, un militar, francés también, que entró en nuestro país con los soldados de Napoleón, siente la nostalgia de España, y vuelve, ya de viejo, a visitar los pueblos y parajes que recorrió en su juventud.

Pero la Vitoria que conoció en 1809 está desconocida. Ante su balcón de la Fonda de



Pallarés se abre una calle nueva, al fondo de la cual, una gran fábrica de papel cubre el lugar que el año 13 ocupaban la artillería y los equipajes de los Ejércitos Imperiales.

Nuestro anciano dedica un día entero a recorrer el escenario de la batalla. Les pregunta si oyeron hablar de ésta a tres aldeanos de Abechuco que comían en el campo, y le dicen que no. «Cuarenta y seis años han bastado para hacer olvidar los lugares mismos donde se dió el combate» —comenta con amarga desilusión.

Al día siguiente, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, vió en Vitoria la procesión. Ante la imagen de la Virgen danzaba un grupo de «ezpatadanzaris», de trajes galoneados y fajas de color (67).

67

Este mismo año 59 es el año de la guerra de Africa, breve campaña que terminó con la batalla de Wad-Ras. Cuando en el mes de Mayo del 60 volvieron de luchar con el moro los Tercios alaveses —boina roja, capote gris con esclavina, pantalón encarnado y alpargatas— un barbero llamado Arbulo puso sobre la puerta de su establecimiento, en la calle del Prado, esta cuarteta circunstancial:

Con el mayor gusto y celo  
y sin ningún interés,  
se afeita y se corta el pelo  
a todo el Tercio alavés.

68 Si lo del interés era algo más que un con-  
sonante poético, nos figuramos que habría cola  
ante el sillón de Arbulo (68).

Fué por entonces cuando el eclipse total de sol atrajo a Vitoria comisiones de astrónomos extranjeros —rusos, ingleses y franceses— que instalaron sus telescopios en el cerrillo de Santa Lucía, cerca de Judizmendi. «Cuando el sol se ocultó —consigna don Eulogio Serdán en su «Libro de Vitoria»— las aves de corral cacareando, los ganados retirándose presurosos a sus albergues, y las plantas sensitivas plegando sus hojas, completaron el cuadro, impresionando fuertemente a los espectadores».

Por lo visto, la flora y la fauna quedaron desconcertadas ante el fenómeno.

## GAUTIER VUELVE A VITORIA A VER LOS TOROS. EL ABATE GODARD

Y en el año 64, Gautier —como antes dije— vuelve de nuevo a España (69). Viene desde Burdeos en el tren oficial que inauguró la línea Irún-Madrid. Fiesta y banquete en San Sebastián con asistencia del rey consorte. Gautier pernocta en Villarreal y al día siguiente marcha a Vitoria en coche para ver la corrida, tercera de las fiestas de la Blanca. La ciudad que en el año 40 vió tan desierta y triste, bullía ahora de animación. ¡A los toros! La plaza aparecía llena de una muchedumbre abigarrada y hormigueante. Entre la masa policroma palpitaban los abanicos igual que mariposas en un jardín, y un huracán de ruidos se elevaba de este tumulto de formas y colores. Los bronquistas locales habían llevado toda una orquesta de alboroto: bocinas y carracas, campanillas de burro, ristras de cascabeles, tambores y cornetas.

Toreaban el «Gordito» y Mendivil. Como solía hacerlo muchas veces, el «Gordito» se sen-



tó en una silla, con los brazos cruzados, ante la cara del burel, y luego, en un alarde de valor, se colocó de espaldas a los cuernos. Mendívil —el detalle es notable— empleó en sus faenas una muleta de color verde.

Luego, la cena en Pallarés ante una mesa enorme, llena de forasteros, que recordaba los banquetes que pintó el Veronés. En las calles, una brillante iluminación permitía admirar, como a la luz del día, los rostros y los trajes de las bellas mujeres. Los fuegos de artificio resultaron preciosos: la pieza principal representaba una locomotora, cuyas ruedas de fuego giraban locamente, y cuya chimenea lanzó, a destiempo, un volcán de humo y llamas (70).

70

Por este mismo tiempo visitó la ciudad el abate francés León Godard. Llega en día de mercado, y nota en los semblantes de los aldeanos «cierta fiereza cántabra» (¡ Si hubiera dicho várdula !). Describe a las aldeanas con sus sayas de bayeta, sus jubones rayados y sus justillos de color. Los hombres, con boinas rojas o azules, chalecos encarnados, calzón corto y capotes de paño, tienen, como ellas, «un continente notablemente digno».

«Los alaveses —añade— son muy activos y trabajadores. El juego de pelota, el de bolos y el baile del zorzico los mantienen sanos y ágiles, haciendo realidad el proverbio francés: «Correr y saltar como un vasco».

## EL FERROCARRIL, LA LUZ DE GAS Y LOS MIRADORES. UN LIBRO MAS LEIDO QUE EL QUIJOTE

Y he aquí que la Vitoria romántica muere con la llegada del ferrocarril y disuelve su pálido perfume en el humazo negro de las locomotoras.

En el año 64 se establece el alumbrado de gas y se inaugura la línea ferroviaria Madrid-Irún. Vitoria sale a recibir al tren, extendiendo su caserío por el llano y abriendo ante las vías la ancha calle de la Estación (71).

71

La piedra blanca de las canteras alavesas, labrada por canteros vizcaínos, embellece las nuevas fachadas, y la ciudad se llena toda de miradores.

La luz de gas y los miradores, los sombreros de copa «bolívar» y las capas hasta los pies, darán acento a la Vitoria post-romántica, donde las damiselas lucen el leve talle y la opulencia ornamental del traje isabelino.

Aún quedan diligencias amarillas y aún hay tipismo en el ambiente y en los indumentos. El folklore de la Llanura no se ha extinguido:

72 las bodas siguen celebrándose a escopetazos, y las novias disparan al salir de la iglesia (72).

Y en el año 70, a los cinco de establecerse el Ateneo —¡el segundo de España!— y por los mismos días en que la vitoriana «Asociación Eúskara para la Exploración y Civilización del Africa Central» remite su Memoria y su Proyecto a la Exposición de Viena; cuando Vitoria cuenta de nuevo con Universidad y con un movimiento cultural que le vale el apelativo de «la Atenas del Norte», se imprime en ella un libro del que nadie se ocupó hasta hoy: un libro cien mil veces más leído que el Quijote; libro que ha sido a un tiempo talismán y veneno; que ha liberado a más esclavos que «La Cabaña del Tío Tom» y ha producido más suicidios que el «Werther»; el libro más avasallador y apasionante de cuantos inventó la mente humana; el que, aunque no se encuentre en las bibliotecas ni se haya encuadernado jamás, se leerá al fin de los siglos, hoja por hoja, con la misma emoción disimulada que en nuestros días.

Si no lo habéis adivinado, os diré que es el llamado proverbialmente «libro de las cuarenta hojas»: la baraja de Heraclio Fournier.

Vitoria, que llenó España de sillas y de velas, de dulces y de camas de hierro, colocó sobre todos los tapetes verdes del país este folleto en rama y en dieciseisavo menor, que lleva impresos en el as de oros y el cuatro de



bastos el lugar y la fecha de su edición príncipe: Vitoria, 1870.

No me podréis negar que el libro es de los de órdago a la grande.

## DAVILLIER Y DORE. LAS DAMAS DEL BALCON Y LAS BREVAS

Pero atendamos a nuestro juego. En el año 62 inician su excursión por nuestra patria dos artistas ilustres, dos franceses que quieren recoger todo lo que aún pervive de la España romántica que vieron Dumas y Gautier. El uno es el Barón Charles Davillier, Caballero mayor de Napoleón III. El otro es nada menos que Gustavo Doré, cantante, violinista, y el más genial ilustrador de libros que conoce la Historia del Arte (73).

73

Ambos llegan en tren a Vitoria, procedentes de Zaragoza, en el año 1873.

Es de noche. Tras de la cena, salen a ver la población, sumida en el silencio, débilmente alumbrada. Doré se ha detenido a dibujar la Plaza Vieja, con la parroquia de San Miguel en sombras y la hornacina iluminada de la Virgen.

Poco después, en una calle escarpada a la derecha de la iglesia, vuelve a tomar su lápiz. En un alto balcón muy saliente y sostenido por cinco vigas, «que forma como una salita al

aire libre», toman el fresco seis vitorianas a la luz de la luna. El genial dibujante las retrató, sentadas y meditabundas, tocadas con la clásica mantilla. Más que tomar el fresco, parecen esperar el paso de la procesión de Viernes Santo. Que el balcón existía no cabe duda. Que fuera tan descomunal como Doré lo pinta es ya muy discutible. Los románticos, en dibujo como en literatura, son divertidamente exagerados.

Al día siguiente, nuestros artistas recorrieron la Plaza Mayor. Era día de mercado y había gran abundancia de frutas y hortalizas. A Davillier le apetecieron unas brevas, y el vendedor, al dárselas, les advirtió:

—Sobre todo, no beban agua luego de comerlas.

«En España —comenta el Barón— se cree que es peligroso beber agua cuando se comen higos». Y cita este aforismo en verso:

«Sobre caracoles, higos y brevas  
 «agua no bebas.  
 «Y vino, tanto,  
 «que caracoles, higos y brevas  
 «anden nadando».

Por la tarde marcharon al teatro, donde el empleado de la taquilla, después de examinar, sonar y repesar en su balanza la moneda de oro que le largó el Barón, la rechazó, diciendo «que tenía mala cara».



## LA CIUDAD MUSTIA DE MEYLAN Y LA CIUDAD SEDANTE DE MAÑE Y FLAQUER

De este mismo año 73, cuando ya la segunda guerra carlista ensangrentaba el País Vasco, poseemos una visión interesante de Vitoria en el libro «A travers les Espagnes», del francés A. Meylán.

74 El Hotel Quintanilla, donde se aloja nuestro viajero, está lleno de militares negros, sucios, barbudos; vuelven de alguna expedición. Por la ciudad desfilan tropas que regresan de las montañas, y entre ellas van aldeanos de aire grave y sombrío, obligados a servir a los «guirris» (74) en calidad de bagajeros.

Nuestro francés come entre militares, frente a un loco que gesticula, y al lado de una anciana marquesa que luce, bordado en seda y oro sobre la manga, su blasón señorial.

La en otros tiempos animada Vitoria está ahora mustia. Bajo las arcadas de la Plaza Mayor pasean algunos pobres pelafustanes, con anchas fajas y guitarras al pecho, tocando sin cesar coplas monótonas de jota. La ciudad está triste bajo el cielo grisáceo, a dos pasos

de las montañas sombrías, llenas de peligros, que cierran el paisaje. Pero en el café de París reina gran animación. Un piano toca aires alegres para un público de guerreros; chocan las fichas de dominó en el mármol, y resuenan las melodías de moda: «el Vals de las Rosas».

En la cárcel, prisioneros carlistas esperan la orden de salir desterrados para Cuba y se despiden de sus mujeres. Hay entre ellos «muchachos de quince años a los que hubo que golpear los brazos para que soltasen el fusil». Un desertor, cogido con las armas en la mano en el campo carlista, juega tranquilamente a la pelota, aunque sabe que será fusilado.

Meylán sale de la ciudad el 18 de marzo, unido a una columna. A las dos horas de camino, ofrecióse a su vista un espectáculo singular: Vitoria se destacaba en blanco contra el cielo sombrío y fosco, entre campos de cebada y de trigo que ondulaban al fino viento de las montañas.

La guerra acaba y Vitoria vuelve al silencio laborioso de su vida recatada, deliciosa y monjil. Ya no es la «Babel en miniatura» de los tiempos de Roscoe y Mérimée, cuando las diligencias hacían resonar las viejas piedras de la calle de Postas (75). Es la ciudad sedante e íntima, llena de cortesía y de finura.

«Vitoria —dirá Mañé y Flaquer en el año 79— no es ciudad de gran movimiento. Los fo-

rasteros que a ella afluyen están sólo de paso para los balnearios del interior del país. Sin embargo, es una de las poblaciones que mejor satisfacen las necesidades de mi espíritu, porque permite vivir en el bullicio o en el silencio, frecuentar la sociedad amable, fina, expansiva, o refugiarse en la región de los recuerdos del pasado» (76).

76 Cuando Mañé nos habla del paseo de la Plaza Mayor, se advierte que la guerra ha influido en las costumbres y ha mezclado los sexos. «Antes, las vitorianas paseaban solas, sin que ningún hombre, fuese joven o viejo, se atreviese a acercárseles ni a dirigirles la palabra de una manera irrespetuosa; ahora pasean aquí mezclados los sexos y las edades como en cualquier otro paseo».



## ROBIDA VE EN VITORIA CONSPIRADORES, PALACIOS Y ATAUTES

Pero quien nos reserva la visión integral, la estampa literaria de la Vitoria «fin de siglo» es el periodista y dibujante parisién Albert Robida en su libro «Les vieilles villes d'Espagne». Robida, que maneja la pluma y el lápiz con idéntico garbo, llega de Francia y entra en Vitoria a la anochecida, por la calle de la Estación (77).

77

Le asombra el indumento de los vitorianos (todos con capas negras y sombreros de copa), y adereza un capítulo estupendo, el más original que un extranjero haya compuesto sobre la ciudad.

«Que España tenga cuidado —dice—. Vitoria es un lugar encantador, pero es un foco de conspiraciones espantosas... Vitoria no tiene habitantes, sino sombras de habitantes misteriosamente envueltos en capas desde las botas hasta las orejas y cubiertos con sombreros análogos.

Al anochecer, estas capas se ponen a dar vueltas y vueltas, con obstinación y gravedad,

bajo los faroles de gas de la Plaza Mayor. Se habla bajo, muy bajo. De pronto, en una esquina, un alguacil de pica y de linterna lanza un extraño alarido. Es el sereno. Luego, de dos en dos o de tres en tres, nuestros conspiradores —porque son evidentemente conspiradores— se encaminan a un sombrío edificio, donde, ahogando en el fondo de sus pechos la pasión subversiva que les anima, aparentan asistir a la representación de una zarzuela que otros conspiradores fingen, a su vez, representar.

Estos conspiradores son muy astutos. Su sala de teatro está bien imitada. En palcos y plateas, encantadoras damas afiliadas a la sociedad secreta aparentan interesarse por los ademanes de un pescador llamado Rodolfo, armado de un puñal y enamorado de la hija de un Conde...

Y como el pescador Rodolfo no acaba nunca de hundir su puñal en el pecho de su antagonista, abandonamos la conspiración para regresar al abrigo de nuestra fonda».

Al día siguiente, la ciudad nueva, llena de miradores, le hace pensar a nuestro autor en los pingües negocios que harán los cristaleros de Vitoria.

Pero donde Robida acierta plenamente es describiendo la ciudad alta, con sus calles angostas y sus viejos palacios de piedras renegridas, cuyos escudos cubren orgullosamente

una pequeña tienda de ultramarinos o algún mezquino estanco.

Bajo las galerías del Palacio Bendaña trabajan ebanistas y torneros; hay arcadas ruinosas tapiadas con ladrillos o cerradas con tablas; en el patio crecen las flores y las lechugas; cantan los pájaros en sus jaulas, y la ropa tendida ondea alegremente bajo el fuego de un sol españolísimo.

En una casa noble ve un escudo enlutado, impresión fúnebre que volverá a sentir ante el escaparate de un baulero que fabrica ataúdes. «No hay nada tan horrible —dice Robida— como el pequeño ataúd de niño, cubierto de lindos adornos, expuesto tranquilamente sobre diversas muestras de baúles, porque el vendedor de ataúdes es, a un tiempo, baulero y embalador, y fabrica baúles para el viaje y para la eternidad».

Y, a propósito de equipajes, dedica el párrafo final de su crónica a un «baúl político», a un «baúl profesión de fe» que vió sobre la espalda de un mozo de cordel en el andén de la estación. Era un enorme baúl nuevo, lleno de clavos y de chapas de cobre, que llevaba la siguiente inscripción:

VIVAN LOS TRABAJADORES  
VIVAN LAS ARTES  
VIVA LA NOBLEZA.

(Digo yo si sería de algún marqués ladino,